# EL SARCOFAGO DE PLATA

# por Roy Damm

***Las figuras que aparecían en aquel sarcófago mostraban la fabulosa anatomía de lo inexistente… ¿Qué arqueólogo hubiese resistido a la tentación de profanar y desvelar su secreto milenario?***

**Fue un alivio dejar de escuchar el grito hiriente de las poleas. Siguió un momento de silencio, mientras el enorme ataúd negro quedaba suspendido, y luego se posó en el suelo con un golpe seco y metálico que resonó largamente en el aire plácido del atardecer. La extraña caja vibraba por primera vez después de haber dormido, quizá durante milenios, en el oscuro vientre de la tierra.**

**Con la piel pegajosa de sudor y polvo, pero sin abandonar la perenne sonrisa oriental, los cuatro obreros que habían alzado el féretro se acercaron a la mole negruzca y carcomida, desosos de conocer la naturaleza de su pesado contenido. Ivette y Jean François, los directores de la expedición arqueológica, participaban de idéntica curiosidad, aunque las motivaciones de su intriga fueran aún más complejas. Era insólito, en efecto, que semejante caja, bastante más voluminosa que un simple ataúd, pudiera haberse hallado entre las ruinas de un antiguo monasterio budista nepalí, enclavado en las primeras estribaciones de los Himalayas. Todo el mundo sabía que en el país, desde tiempo inmemorial, no se enterraba a los cadáveres. O bien se les cremaba en las orillas del Pasu-Patinah, afluente del sagrado Ganges, o bien eran abandonados, algunas raras veces, en picos poco accesibles como piadosa ofrenda a la voracidad de hienas y buitres. Cuanto contuviera el extraño féretro podría calificarse, en el peor de los casos, de extraordinario.**

**Los científicos franceses se abrieron paso entre sus trabajadores. El tiempo se había mostrado poco respetuoso con la madera que recubría el presunto féretro, y aquí y allá aparecía el brillo opaco y metálico del interior. Unos cuantos golpes de su piqueta permitieron a Jean François deslabazar la envoltura de madera, y fue de esta forma como apareció lo que sin duda sería considerado —así pensaba el joven investigador— como el**

descubrimiento arqueológico más importante de los últimos decenios, tras el espectacular hallazgo de la tumba de Tutankamon.

No era para menos, a juzgar por el asombro que se reflejaba en los ojos de todos. Jean François calculó mentalmente las medidas: algo más de un metro de anchura, poco menos de cincuenta centímetros de altura, casi dos metros y medio de longitud. Pero lo excesivo de las dimensiones, desproporcionadas para contener un cadáver normal, no era el dato que causaba mayor impresión. Había que fijarse en los insólitos dibujos, en la extraña forma de los símbolos esculpidos en las superficies de plata —sin parangón posible con culturas conocidas— para llegar a una primera e inadmisible conclusión: el objeto no daba la impresión de haber sido fabricado por manos humanas, sino que parecía haber llegado directamente desde un ámbito cultural ajeno a la tierra.

Semejante imposibilidad exacerbaba la imaginación de Jean François, y en vano trataba de hallar concomitancias con las formas artísticas que el ser humano había desarrollado a través de los siglos. El arte Asirio-Babilónico, con el que acaso pudiera existir alguna leve relación, había inventado animales fantásticos y formidables, aunque conjuntando en una sola figura elementos de distintas especies. Pero los «animales» que aparecían en aquel friso argentino mostraban la fabulosa anatomía de lo inexistente: brazos como raíces atormentadas, troncos espinosos y retorcidos, cabezas de ojos innumerables y extrañas aberturas longitudinales cuya función vital era imposible concebir. Sin duda era el producto de la imaginación de un perturbado o de un artista que había obtenido los elementos de su obra en las profundidades de una pesadilla cargada de angustia. Porque era ese sentimiento, el de una angustia intolerable, el que emanaba de las figuras del sarcófago.

Un símbolo se repetía con insistencia entre la presunta representación de aquellos seres vivos. Era un triángulo con el pico hacia abajo, en cuyo centro figuraba la imagen de una cabeza, ésta sí perfectamente humana, aunque con la rara particularidad de estar invertida. Ivette y Jean François tuvieron que girar las suyas hasta un ángulo excesivo para captar mejor los rasgos de ese rostro de boca y ojos desmesuradamente abiertos que el artista había representado con la lengua caída hacia abajo, en dirección a la nariz, como si quisiera resaltar con este rasgo que se trataba de la cabeza de un cadáver.

Pero los obreros, no animados por el espíritu científico de los arqueólogos, tampoco giraron sus cabezas para mejor captar las tantas veces grabada sobre la plata. Parecían conocer de sobra, a

juzgar por sus expresiones de terror, el significado de ese símbolo. O, al menos, su intuición operaba de manera más natural y espontánea que la de ambos europeos, porque no tardaron en mirarse unos a otros con desconfianza y murmurar palabras que resultaron incomprensibles para Ivette y Jean François, a quienes pareció evidente, sin embargo, que el descubrimiento había puesto en funcionamiento los oscuros resortes de la superstición en sus, hasta entonces, sumisos y serviciales operarios.

Fue entonces cuando AK Fuman, el capataz, se dirigió a los arqueólogos en un inglés entrecortado.

—Mis hombres tienes mucho miedo —dijo—. Esto no bueno. Mejor enterrar otra vez. Si no, marcharnos todos ahora. No bueno, no bueno...

En vano trató Jean François de tranquilizarles con argumentos que le parecieron cartesianamente irrebatibles. Nada había que temer de una obra de arte. Para los hombres de Europa era algo muy importante. Desentrañar los secretos del pasado era una labor meritoria, y deberían sentirse orgullosos de colaborar con ella. Tampoco obtuvieron resultado las amables súplicas de Ivette: a partir de ese día cobrarían el doble, y además cada uno de ellos recibiría, al finalizar los trabajos, el regalo de un valioso reloj automático, fabricado en Suiza. Pero ni siquiera promesa tan sugestiva logró detenerles, sino que recogieron sus pertrechos y cabalgaron en sus pequeños mulos, montaña abajo, hasta perderse en las primeras brumas del anochecer.

Ivette se mostró desolada por esta deserción, y hasta asomó en sus dulces ojos azules el mínimo temblor de una brisa miedosa. Pero Jean François no había insistido demasiado en retener a los obreros. Argumentó que si, como esperaba, el contenido del cofre o sarcófago era algo sumamente valioso, mejor sería que su apertura no contara con testigos «de visa». En cuanto a la necesaria aportación de los trabajadores, éstos eran innumerables en las aldeas del valle, y sin duda habría muchos dispuestos a olvidarse de sus supersticiones a cambio de una buena paga. Por lo demás, el campamento contaba con provisiones más que suficientes para que ambos aguantaran una quincena. Se felicitaba doblemente por la huida de los obreros, ya que eso les permitiría abrir el sarcófago sin despertar codicias, así como entregarse al amor con liberalidad, sin que fuera necesario estar pendientes de posibles desvelos en el inquieto sueño de los nativos.

Ivette pareció convencerse por las razones de su compañero, a cuya voz confería el entusiasmo matices fulgurantes. Jean François la estrechó con fuerza y le participó alegremente su

esperanza de que el sarcófago les haría famosos. Tal vez estaban a punto de descubrir un dato confirmador de ciertas leyendas, según las cuales una raza de superhombres o gigantes extranjeros había dejado la impronta e su cultura superior en aquellas remotas épocas en que el Oriente civilizado se despertaba. Realidad o leyenda, lo cierto era que la existencia de un sarcófago de dimensiones descomunales, en un país donde no existía la costumbre de enterrar a los muertos, era de una importancia objetiva extraordinaria, tanta que probablemente haría cambiar la perspectiva histórica en toda esta parte del planeta. Y, en cualquier caso no sabía a qué estaban esperando para averiguar de una vez por todas su contenido.

«Se va haciendo de noche —objetó Ivette—, mejor sería abrir la caja mañana por la mañana.» «Si no fuera porque te conozco —se burló Jean François— diría que tienes miedo. No pensé que pudieras dejarte impresionar por el terror de esos campesinos». Ivette tuvo que reconocer su miedo, aunque dijo que lo superaría y lo calificó de irracional. Y para demostrar que las estructuras racionales de su mente tenían más fuerza que las oscuras imágenes del corazón, tomó una barra de hierro y se encaminó, precediendo a su compañero, hacia el lugar donde reposaba la extraña mole de plata.

Jean François la siguió provisto de una potente linterna que proyectaba una larga sombra ante el cuerpo de Ivette. Los vientos de septiembre, tras las lluvias del monzón, habían dejado limpia la noche, lo que permitía que las estrellas brillasen con particular dureza. Los apagados murmullos de la vida procedentes de la fertilidad del valle que se abría a sus pies paliaban apenas la rocosa desolación de aquel lugar tan poco amable, elegido por la severidad de antiguos monjes budistas para erigir su monasterio. Las ruinas desenterradas de aquellas viejas edificaciones no eran sino masas informes y sombrías, como animales agazapados en la oscuridad, que la superstición de los campesinos parecía haber insuflado, a los temerosos ojos de Ivette, de un hálito terrorífico. Un estremecimiento recorrió la espalda de la investigadora cuando, después de haber visto el brillo que el féretro plateado reflejaba a la luz de la linterna, en el centro de aquel amontonamiento de sombras, creyó descubrir el súbito destello de una figura animada tras la mole de plata. Por un momento, su corazón quiso saltar del pecho, pero nada dijo porque creyó haberse representado una fantasía miedosa y siguió avanzando, reprimiendo los deseos de buscar cobijo en los brazos de Jean François.

Al fin llegaron ambos al pie de la fosa. El silencio se condensaba alrededor del féretro, cuyas figuras parecían gesticular con

horribles muecas obedeciendo a los movimientos de la linterna. Jean François se la entregó a su compañera, pidiéndole a cambio la barra de hierro. Ivette iluminaba directamente sobre la juntura de la tapa y Jean François trató de introducir en ella la punta de aquel duro y alargado instrumento. Pero el hermetismo de la caja oponía grandes resistencias, tantas que por la mente de Jean François cruzó la inaceptable idea de que dentro de ella se había creado el vacío.

Ivette observaba con creciente inquietud los movimientos del arqueólogo, mientras experimentaba la penosa impresión de que alguien la miraba fijamente a sus espaldas. A nadie vio cuando impulsivamente se dio la vuelta. Jean François, mientras tanto, redoblaba sus esfuerzos sin obtener resultado. Jadeaba sin cesar y gruesos goterones le perlaban la frente, pero la tapa no ofrecía punto alguno desde donde vencer su milenaria virginidad.

Al fin descargó un golpe rabioso y el milagro se produjo. La resistencia de la tapa fue levemente vencida cerca de un ángulo, y Jean François pudo accionar la barra a modo de palanca, de tal manera que la tapa se abrió por completo. Creyeron oír entonces una especie de susurro o gemido prolongado, que cabría atribuir a la entrada del aire en el interior de la caja, pero a Ivette se le heló la sangre al escucharlo: tal era la similitud del raro fenómeno acústico con la voz humana.

La exaltada imaginación de Ivette creyó percibir un hálito infecto, la sombra de una sombra desplazándose por el aire desde el nicho abierto. Pero nada dijo a su compañero, pese a que una creciente repulsión le impedía mirar el interior del sarcófago. Jean François la vio con los ojos extraviados, quieta como una estatua a no ser por el creciente temblor de la mano que sostenía la linterna y que se comunicaba a la luz que despedía. Pese a lo cual pudo Jean François contemplar el interior del cofre: no había nada.

Sólo una superficie plateada, brillante, que parecía haber sido acabada de pulir.

El descubrimiento les dejó estupefactos, pero la vacuidad del interior del cofre provocó en Ivette un suspiro de alivio... Jean François, por su parte, sintió sobre sus espaldas todo el peso de la desilusión. Podía haber esperado cualquier cosa menos eso. Su cerebro se convirtió en un semillero de preguntas sin respuesta posible. ¿Quién, cuándo, con qué finalidad había enterrado un sarcófago vacío? ¿Qué significaban los dibujos? ¿Por qué habían huido los campesinos?

—No lo entiendo... No lo entiendo...

—No hay nada que entender, Jean François. Las cosas son como son, nada más.

El destino se complacía en jugar con ellos un extraño juego, pero ambos ignoraban las reglas y el propósito del mismo. El fantasma del abatimiento se cernió sobre sus cabezas. Nada exasperaba tanto a Jean François como el esfuerzo inútil. Aunque, bien pensado, no había sido tan inútil, ya que el descubrimiento del féretro poseía valor en sí mismo, pese a estar vacío. Así se lo comunicó a Ivette, y de ésta obtuvo la siguiente respuesta:

—Del féretro no sabemos nada, pero eso mismo es lo que le da importancia. Tanta, que lo mejor sería suspender de momento las excavaciones. Ya llevamos mucho tiempo aquí, y en París el otoño es delicioso.

Le pareció que un eco burlón repetía, con voz distinta a la suya, sus mismas palabras. Pero de nuevo se guardó de expresar sus absurdos temores. En vez de ello se aferró a la cintura de Jean François, buscando en ella refugio frente a las tinieblas de una noche en la que parecían reproducirse los terrores de su infancia. Al fin dijo:

—Lo siento. Sé que debería sobreponerme, pero tengo miedo. No me preguntes de qué, porque no lo sé. Pero preferiría pasar la noche en un poblado del valle. Al fin y al cabo, nadie va a venir a robarnos el féretro.

—No estoy tan seguro...

—Por favor, Jean François, vámonos de aquí. Podemos regresar mañana, de día.

—Tengo una hermosa pistola, Ivette. y pensaba que mi presencia todavía te inspiraba alguna confianza.

No insistió Ivette, y al fin entraron en la espaciosa tienda de campaña. Una vez allí, acogida por la familiaridad del recinto, sus temores comenzaron a disiparse, y le pidió perdón por ellos a Jean François.

—Está bien, Ivette. Es natural un poco de nerviosismo después de todo lo que ha pasado. Mañana veremos las cosas más claras. Y ahora, lo mejor que podemos hacer es dormir.

Cada cual buscó el descanso en su camastro, y Jean François apagó el quinqué que separaba ambos lechos. No tardó Ivette en advertir, por la afanosa respiración de su compañero, que éste acababa de dormirse.

Con los nervios de punta y atenta al menor ruido, Ivette tardó bastante en conciliar el sueño, y cuando al fin llegó, rozó apenas sus sienes, visitándola sólo unos momentos. Porque escuchó un ruido sutil en la puerta de la tienda y sus párpados se alzaron de inmediato, como impulsados por sendos resortes.

El miedo cedió a la sorpresa: ésta a la estupefacción y, tras el asombro, le invadió una oleada de embeleso. Un cúmulo de

emociones contradictorias se sucedió en unos pocos segundos. La figura que había levantado la lona y entrado en la tienda fue gratamente reconocida por Ivette. Parecía tratarse de Rama, un muchacho de dieciséis años que había trabajado en las excavaciones y con el que, a espaldas de Jean François, intercambió miradas de lujuria. Los intensos ojos negros del adolescente, su torso oscuro y firme, brillante bajo el sol, la negra y rizosa abundancia de su cabello, le habían inspirado sentimientos inconfesables. Recordó cuando, como por descuido, se rozaron sus hombros y un agudo estremecimiento surgió, fogoso, de su bajo vientre. Varias veces había copulado con él en sueños. Aunque el adolescente que ahora la miraba sonriente desde la puerta, llevándose el índice a los labios con gesto cómplice, estaba transfigurado. Parecía, en efecto, Rama. Pero un Rama tal vez más alto, en el que se había acentuado la salvaje belleza de sus rasgos. Un Rama cuya piel, levemente iluminada, se diría que casi fosforescente, la incitaba con rara vehemencia… Pensó Ivette que el muchacho, en quien adivinaba el fervor del deseo, había aprovechado la ausencia de sus compañeros de trabajo esa noche, en el campamento, para llevar a cabo su golpe de audacia.

A su lado, Jean François, dormía como un leño. Ivette sintió, en presencia del adolescente, que le abandonaba el sentido común. Y no despertó a su compañero. La tensión nerviosa que antes había sufrido se convirtió en una sensación de euforia obnubiladota, y un deseo de intensidad hasta entonces no conocida se abrió paso en sus entrañas. La figura de la puerta, mientras tanto, le hizo gestos de que le siguiera y abandonó la tienda.

Ivette se levantó de la cama con sigilo, procurando no hacer ruido. Afuera, el firmamento la saludó con multitud de gritos luminosos. Se encontró con el pecho terso y flexible de quien parecía Rama, y ambos se fundieron en un primer abrazo, sin necesidad de intercalar palabra alguna. Comprobó entre sus muslos la erección del sexo del muchacho, apenas cubierto por un taparrabos. Sobre los hombros desnudos de la figura pendía una especie de manta negra. Sintió en la lengua la tibia morbidez de aquellos labios tan secretamente deseados, y sus pechos fueron acariciados con exquisita sabiduría. A partir de entonces renunció por completo a la lucidez, y aferrada al talle de su silencioso acompañante, se dejó conducir hacia donde él quisiera.

Un oscuro sentimiento, pronto acallado, pugnó sin embargo por rebelarse cuando comprobó que la figura se encaminaba al féretro de plata, sin duda con la intención de convertirlo en

tálamo. Pero fue más intensa que ese sentimiento la fascinación suscitada por la rara belleza del adolescente, quien caminaba suave, grácilmente, como si sus pies no llegaran a tocar el suelo. Fue el efecto de esa fascinación lo que hizo que Ivette mirara el temido féretro con ojos nuevos, hasta llegar a parecerle un deslumbrante lecho nupcial.

La figura desnudó su espalda de la manta negra, y los ojos de Ivette admiraron, codiciosos, la perfección de un cuerpo que pronto iba a ser suyo. Acto seguido, con la elegancia de un felino, extendió la manta sobre la pulida superficie interior del féretro y se introdujo en él, esperándola. El deseo hizo que a Ivette le parecieran volcanes diminutos todos los poros de su piel, y se liberó de su escasa ropa con gozosa satisfacción. Sus pechos, enhiestos, provocaban oleadas de lujuria en el aire de la noche, e Ivette sintió como si manos invisibles los acariciasen mientras se dirigía al interior del ataúd. Pero eran las caricias de quien parecía Rama las que deseaba Ivette.

Encontró el calor de su cuerpo en el fondo del féretro, sobre la manta negra. Vivió un instante de placer intensísimo, mientras aquel ser ahora claramente fosforescente la estrechaba más y más en sus brazos. Sonámbula de placer, apenas percibió la dureza de unas uñas que se clavaban en su espalda, pero ya en las inmediaciones del orgasmo escuchó sus propios jadeos resonantes en el metálico recinto, mientras su amante parecía no respirar. Levantó la cabeza un momento y contempló su rostro: ya no tenía frente a sí los dulces rasgos de Rama. El ardor de su sangre se hundió en un horror helado, como las mismas superficies metálicas del féretro, y la espantosa lucidez que le proporcionó su visión se disgregó en un grito prolongado y cortante, largamente repetido por el eco de las montañas.

Porque Ivette —entonces se dio cuenta— estaba siendo poseída por un ser abominable, sarmentoso, de manos como garfios, cuyos innumerables ojos, encendidos por una abyecta maldad, le recordaron los de aquellos seres ominosos que la locura de un artista extravagante había esculpido en las paredes del sarcófago.

Volvió a gritar de nuevo, ya sin esperanza, antes de que el pegajoso horror que la poseía acallara definitivamente los latidos de su corazón.

Cuando Jean François, despertado por los gritos, acudió al sarcófago, vio el cuerpo desnudo y sin vida de Ivette. Diez hilillos de sangre surcaban su espalda. Por su boca manaba igualmente la sangre de su lengua mordida. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, parecían seguir contemplando, más allá de la muerte, las imágenes de un horror sin límites.

**Entonces supo por qué habían huido los campesinos, por qué los monjes budistas tuvieron la absurda ocurrencia de enterrar un ataúd aparentemente vacío. Lo comprendió todo.**

**Pero ya era demasiado tarde.**